



Las fintech no son «el enemigo»

MARGA GARCÍA AGUILA VICEPRESIDENTE DE SERVICIOS FINANCIEROS DE CAPGEMINI ESPAÑA

«Es el momento de construir sinergias. Las empresas innovadoras deben apoyarse en la banca para crecer y las entidades tradicionales necesitan del "know how" tecnológico»

Son tiempos de cambio para el sector bancario más tradicional. A los retos que suponen el cierre de oficinas y las reestructuraciones de recursos humanos que están llevando a cabo muchas entidades, hay que sumar la imprescindible revolución digital que demanda el consumidor. Las nuevas tecnologías han llegado para quedarse y su incorporación al negocio del día a día y a la oferta dada al cliente es un reto que no puede dejarse para más adelante. El futuro de la banca minorista está determinado por la tecnología del presente.

Y es precisamente aquí donde entran en juego las llamadas fintech. Capaces de ofrecer múltiples productos y servicios, este tipo de empresas han ganado protagonismo al apostar por la innovación a través de potentes aplicaciones como plataformas de pago y transacciones electrónicas o préstamos, consiguiendo una valoración muy positiva por parte de los usuarios.

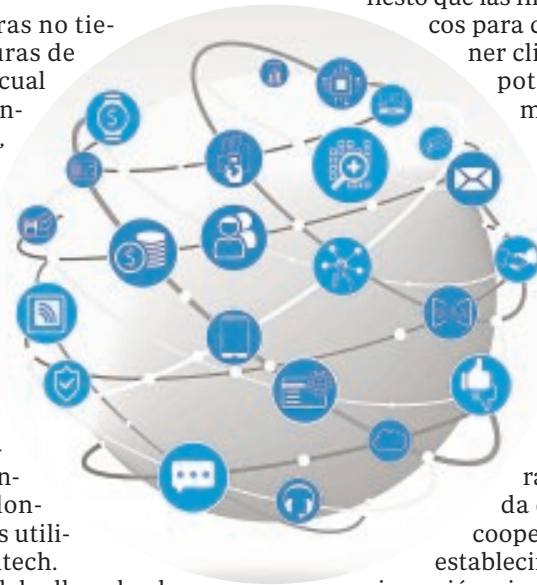
Asesoramiento financiero, gestión de carteras, monederos electrónicos... nada escapa ya a estas compañías de servicios financieros con base tecnológica, que poco a poco han conseguido rellenar las carencias de la banca tradicional y mejorar la experiencia del cliente en aquellos productos ya existentes. De hecho, esa propuesta de valor es la que consigue que el 50% de usuarios recomienden su fintech frente al 30% que haría lo mismo con su banco.

Las empresas innovadoras no tienen las complejas estructuras de los bancos tradicionales, lo cual les aporta una mayor eficiencia y agilidad que beneficia, sin duda, la experiencia del cliente frente a la banca más tradicional. Este hecho, sumado a la falta de reacción inicial por parte del sector de la banca, ha propiciado que el universo fintech consolide su actividad a nivel mundial donde el 63% de usuarios ya utiliza sus productos financieros. Un dato que resulta incluso superior en España donde de casi 7 de cada 10 usuarios utiliza servicios o productos fintech.

Ante esta nueva realidad, ha llegado el

Profundo cambio

«El 50% de usuarios recomiendan su fintech frente al 30% que haría lo mismo con su banco»



momento de que la banca se haga la gran pregunta: ¿Qué papel adoptar ante estos nuevos competidores?

Si se tiene en cuenta que nueve de cada diez directores de banca reconocen tener claro que el futuro del sector es digital, la cuestión pasa por tomar consciencia de que «las fintech» no son el enemigo, sino que pueden ser un poderosísimo aliado para crear una oferta de servicios adaptada a las demandas de un público cada vez más habituado a ejecutar en red cualquier tipo de operación.

Es momento de construir sinergias. Es manifiesto que las fintech necesitan de los bancos para continuar creciendo, obtener clientes y tener acceso a sus potentes bases de datos. Del mismo modo los bancos necesitan del «know how» de las empresas fintech para aplicar nuevas tecnologías al negocio bancario, ofertar servicios competitivos adaptados al mercado y afrontar el futuro con garantías. Por tanto, entendiendo este fenómeno como una relación necesaria, la hoja de ruta pasará, sin duda, por la búsqueda de diferentes modelos de cooperación, ya sea a través del establecimiento de «partnerships», inversión o incluso mediante adquisiciones.

Los bancos que entiendan este proceso como necesario serán capaces de extraer rendimiento del talento externo para adaptarlo a sus procesos internos. Son estos procesos de innovación abierta los que marcarán la diferencia entre aquellas empresas de banca tradicional que logren adaptar su oferta a la nueva demanda y aquellas que no lo consigan. El futuro está en la colaboración.

El futuro está en la colaboración.



Los principios y los retos de la transición energética

ÓSCAR GARCÍA SUÁREZ SUBDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN, DOCTORADO Y RELACIONES CON EMPRESAS EN ETSII-UPM

La amplia mayoría de la comunidad científica coincide en la realidad innegable que supone el calentamiento global, cuyas consecuencias son cada vez más visibles. La temperatura media de la superficie de la Tierra durante 2015 ha sido la más elevada jamás registrada desde que se inició su estudio en 1880. Además, 15 de los 16 años más calientes se han registrado después de 2001. Por ello, la lucha contra el cambio climático es una prioridad que no se puede posponer.

Aunque el Acuerdo de París, adoptado en diciembre de 2015, ha supuesto un punto de inflexión, los compromisos de reducción de emisiones presentados por los distintos países quedan todavía lejos de lo que se precisa para frenar el cambio climático. Es necesario, por tanto, que se aborde de manera decidida una transformación del sistema energético global hacia otro cimentado en las energías renovables, la eficiencia energética y el desarrollo sostenible, y sobre esto, también existe cierta unanimidad.

Con el objetivo de generar un espacio de debate, Energía y Sociedad y la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Industrial de la Universidad Politéc-

nica de Madrid, han celebrado una jornada sobre transición energética que ha contado con la ponencia inicial del secretario de Estado de Energía, Alberto Nadal, y donde se han puesto sobre la mesa algunos de los retos que se deben resolver para conseguir una transición energética exitosa.

Como ha quedado reflejado durante este día, debemos concretar respuestas para cuestiones como estas: ¿cuáles son los objetivos que nos marcamos como país? E igualmente importante: ¿cuál va a ser nuestra hoja de ruta para cumplir esos objetivos?

Existen varios aspectos clave. Por una parte, no debemos perder la ambición por un futuro más sostenible. Pero, al mismo tiempo, debemos dotar esta visión de una gran dosis de realismo. La transición energética no puede ser contemplada como una realidad exclusivamente medioambiental. Debemos tener en cuenta las implicaciones que tiene para la sostenibilidad técnica del sistema –o en otras palabras, la garantía de suministro–, así como para su sostenibilidad económica –es decir, que la factura

eléctrica no merme la competitividad de empresas y ciudadanos–.

En este sentido, y tal como señaló el secretario de Estado de Energía en su ponencia, es importante introducir las energías renovables de forma paulatina, sensata y acorde al esfuerzo compartido con el resto de países, e integrarlas junto con el uso de la infraestructura existente en el sistema. Igualmente, en este camino hacia la transición energética, es crucial impulsar las interconexiones con Europa para avanzar hacia un mercado integrado y optimizar la capacidad de respaldo a las renovables.

Por último, en nuestra hoja de ruta no deben figurar medidas cortoplacistas constreñidas por la duración de una legislatura o por intereses electorales. En cambio, sería deseable que esta transición se diseñe mediante un proceso participativo y colaborativo entre los diferentes partidos políticos y agentes del sector involucrados incluyendo consumidores, para dotarla así de unas bases consensuadas, sólidas y estables que refuercen las garantías de éxito.

En definitiva, la transición energética debe abordarse con un horizonte temporal a largo plazo. Es necesario un Pacto de Estado en materia energética que tenga en cuenta la realidad concreta de España, y que esté diseñado en consonancia con la política económica y fiscal y las implicaciones de esta hoja de ruta sobre toda la sociedad.

A largo plazo
«Es necesario un Pacto de Estado en materia energética en España»